



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 4 · Número 2 (julio-diciembre, 2020)

¿Vuelta a la “normalidad”? Democracia y capitalismo en tiempos de coronavirus

Luis Felipe Miguel y Gabriel Eduardo Vitullo

RECIBIDO: 11 de octubre de 2020

APROBADO: 10 de diciembre 2020

¿Vuelta a la “normalidad”? Democracia y capitalismo en tiempos de coronavirus

Luis Felipe Miguel
Universidade de Brasília
luisfelipemiguel@gmail.com

Gabriel Eduardo Vitullo
Universidade Federal do Rio Grande do Norte
gvitullo@hotmail.com

Resumen

La pandemia del nuevo coronavirus puso al mundo en una pausa forzada en 2020. Mientras muchos gestores y empresarios pensaban en cómo “volver a la normalidad” en el menor tiempo posible, algunos militantes e intelectuales consideraron que era una oportunidad para que la humanidad repensase sus caminos – en cuestiones como el trabajo, el rol del Estado y la relación con el medio ambiente. Una cuestión relevante, que atraviesa a las otras, es la de la democracia, debilitada en las últimas décadas por la retracción de la capacidad reguladora del Estado y por el avance de la irracionalidad en el debate público. Ante el negacionismo interesado de gobernantes como Donald Trump o Jair Bolsonaro, muchas voces progresistas terminaron por adherir a la defensa de una “obediencia a la ciencia” que no se somete a ningún control democrático. Y, dado el apego oportunista de la extrema derecha a las libertades individuales, traducidas en la libertad de no cumplir con los protocolos básicos de salud, soluciones autoritarias parecieron seductoras. Sin embargo, más que una condena a la democracia, la situación expone los límites de un orden político que reivindica los valores democráticos para, en un mismo movimiento, vaciarlos de sentido.

Palabras clave: *democracia — neoliberalismo — extrema derecha — pandemia*

Abstract

The new coronavirus pandemic put the globe on a forced pause in 2020. While many government officials and businessmen were thinking about how to “get back to normal” in the shortest possible time, some activists and intellectuals thought it was an opportunity for humanity to rethink their ways – on issues such as labor, the role of the State and the relationship with the environment. A relevant issue, which crosses the others, is that of democracy, weakened in recent decades by the retraction of the regulatory capacity of the State and the advance of irrationality in the public debate. In the face of interested denialism from leaders like Donald Trump or Jair Bolsonaro, many progressive voices ended up embracing the defense of an “obedience to science” that does not submit to any democratic control. And, given the extreme right's occasional attachment to individual freedoms, translated into the freedom to refuse basic health protocols, authoritarian solutions seemed seductive. More than a condemnation of democracy, however, the situation exposes the limits of a political order that claims democratic values only in order to empty them of meaning.

Keywords: *democracy — neoliberalism — far-right — pandemic*

A pesar de las constantes advertencias de los epidemiólogos y de la popularidad del tema en las obras de la industria cultural, la pandemia global del nuevo coronavirus surgió para la humanidad como un desastre inesperado¹. En pocas semanas, las noticias sobre el surgimiento de la nueva enfermedad en la región de Wuhan instalaron el tema como una emergencia mundial. Nuestro dominio sobre la naturaleza se mostró mucho más frágil de lo que estamos acostumbramos a pensar. Mientras la contabilización de las víctimas crecía, mujeres y hombres tenían que crear nuevas rutinas, marcadas por el distanciamiento social y por la incertidumbre, descubriendo que la ciencia – nuevamente entronizada en la posición de salvadora – era incapaz de ofrecer respuestas con la rapidez deseada.

En todos estos meses de aislamiento social, han aparecido análisis de los más diversos sobre las consecuencias políticas y sociales de la pandemia causada por el Covid-19, que van desde un optimismo desahogado hasta un pesimismo casi paralizante. Cual pitonistas de la contemporaneidad, son varios los intelectuales que vienen aventurándose a hacer pronósticos sobre el mundo que nos espera en la pospandemia. Entre los optimistas, se destaca el siempre polémico Slavoj Žižek, para quien, además del coronavirus, otro virus se propagará y podrá infectarnos: “el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global” (Žižek, 2020, p. 22). El intelectual esloveno alberga grandes esperanzas en la reinención del comunismo, fruto del nuevo escenario que, en su opinión, se abriría con el coronavirus. Entre los pesimistas, vale la pena mencionar aquí a Byung-Chul Han (2020, p. 110), para quien:

El virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa.

El tema es complejo y, en el campo de las Ciencias Sociales, son muchas las facetas que pueden ser examinadas. Aquí, en estas páginas, hemos elegido centrar la atención en las relaciones entre la pandemia y la cuestión democrática. Así, pues, comenzamos por discutir sobre las “democracias realmente existentes”, limitadas por el capitalismo (sección 1). Es sobre ellas que incide la pandemia, poniendo al desnudo algunas de las limitaciones del entramado social y político vigente (sección 2). A la luz del diagnóstico

¹ Sólo por mencionar una de las tantas, vale la pena señalar aquí la alerta dada por un grupo creado en el seno de la Organización Mundial de la Salud. En mayo de 2018, el grupo publicó un documento denominado “Enfermedad X” en el que anticipaba el riesgo de una pandemia con características muy similares a las de la Covid-19, sin haber concitado atención por parte de las autoridades sanitarias nacionales e internacionales (UOL, 2020a).

realizado, la tercera sección del texto se pregunta sobre las perspectivas de la democracia en el período pospandémico. En la breve conclusión, ofrecemos una síntesis del camino seguido en el texto e indicamos que lo que está en juego es hasta qué punto la democracia es, de hecho, un valor que las sociedades contemporáneas desean mantener.

El capitalismo y la democracia antes del virus

El virus encontró a la humanidad en un momento en el que la crisis de la economía capitalista, que ya venía de muchos años, parecía no encontrar solución. Desde los años de 1970, con el colapso del sistema de Bretton Woods y el shock del petróleo, el capitalismo ha sufrido una inestabilidad permanente, que se traduce en un aumento exponencial de la deuda pública y privada y en la incapacidad de garantizar un crecimiento económico sostenido, lo cual es disfrazado por “burbujas” especulativas que, sin embargo, tienen corta duración. La crisis más reciente comenzó en 2008, con el estallido de la burbuja inmobiliaria en los Estados Unidos. En respuesta a la situación, los Estados capitalistas adoptaron un camino que puede describirse como opuesto al que Roosevelt eligió ante la depresión causada por el *crack* bursátil de Nueva York, en 1929. En lugar de fortalecer la autoridad política, esta se debilitó a sí misma al gastar “todo su capital en sacar a flote *incondicionalmente* al cuasi difunto sector financiero” (Varoufakis, 2012 [2011], p. 215).

La observación del economista griego ayuda a entender el entrelazamiento entre la crisis económica y la crisis de la democracia liberal. Debido a una serie de razones, entre las que se incluyen desde las transformaciones en el mundo del trabajo hasta el fin del bloque soviético, los últimos decenios se caracterizaron por una creciente ofensiva del capital contra el trabajo (Antunes, 2000; Boron, 2009; Harvey, 2014, entre otros). La tendencia del capitalismo a la concentración de la riqueza, que las medidas compensatorias trataban de contrarrestar, se expresó una vez más con contundencia (Piketty, 2013). Con ello, el régimen democrático representativo, que fue la respuesta histórica a las exigencias de aminorar el conflicto distributivo y actuó como instrumento para calibrar las concesiones necesarias al mantenimiento de la paz social, vio reducido su espacio. Un orden político en el que el poder se ejerce, sin contemporizaciones ni disfraces, a favor de una minoría (la burguesía) no tiene cómo ser democrático.

Así fue como el tema de la “crisis de la democracia” volvió a entrar en el universo de las preocupaciones de la Ciencia Política dominante, en especial la anglófona, en una clave diferente de la que orientaba los debates anteriores sobre la “ingobernabilidad de las

democracias” y la “crisis de la representación” (Huntington, 1972 [1968]; Habermas, 1975 [1973]; Crozier, Huntington y Watanuki, 1975; Linz, 1978; Norris, ed., 1999). Las victorias del Brexit, en el plebiscito del Reino Unido, y de Donald Trump, en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, ambas en 2016, anunciaron que las democracias occidentales ya no funcionaban de la manera deseada. Se señalaron los problemas vinculados a la creciente falta de límites de los candidatos al liderazgo político, que rompe con el *fair play* necesario para el buen funcionamiento de la democracia; los nuevos circuitos de comunicación e información, con la aparición de la llamada “posverdad”; el “populismo” – definido vagamente como demagogia y apelación al sentido común – y, como resultado de todos estos elementos, la expansión desmesurada de la polarización política (Levitsky y Ziblatt, 2018; Mounk, 2018; Runciman, 2018). Puesto de esta forma, la retracción democrática se presenta casi como una contingencia histórica o, entonces, como resultado de la “decadencia de las elites”.

Desde otras líneas interpretativas, sin embargo, ya se señalaban, con anterioridad, factores estructurales, vinculados exactamente a la expansión del dominio del capital. El proceso de desdemocratización reflejaba el creciente predominio de las grandes corporaciones, cuya ascendencia sobre los gobiernos limita la capacidad de responder a la voluntad popular (Crouch, 2004). O, de modo más estructural, es el creciente endeudamiento de los Estados lo que los obliga a responder antes a los acreedores que a los ciudadanos (Streeck, 2017 [2013]). Las políticas de “austeridad” marcan, así, la decadencia del orden político liberal-democrático, revelando que, para que el sistema capitalista se siga reproduciendo, hay que sustraer a la supervisión del electorado porciones cada vez mayores de la decisión pública (Blyth, 2014 [2013]).

La opción por privilegiar el apoyo a las empresas, transfiriéndoles recursos que son retirados de las políticas sociales y de las jubilaciones, es un resultado directo de la ortodoxia económica de los últimos años – que pregona que era necesario adular al capital, escaso y volátil, a expensas de la mano de obra. La movilidad ampliada de las empresas, propia de la mundialización, hizo imperativo que los gobiernos nacionales y locales, en competencia entre sí, crearan condiciones atractivas para los negocios. Todas estas condiciones resultaron, en última instancia, perjudiciales para la clase trabajadora: relajación de la regulación ambiental y de las relaciones laborales, menores impuestos y subsidios públicos para las grandes corporaciones. Esas medidas podían defenderse activamente, sobre la base de alguna teoría del *trickle-down* (las ventajas obtenidas por los ricos acabarían beneficiando a los más pobres)² o, entonces, ser aceptadas con resignación,

² *Trickle-down* (efecto goteo o efecto cascada) es el mote dado por los críticos de las visiones que afirman que la mejoría de las condiciones de vida de la base de la pirámide es una consecuencia natural e inevitable del

entendiendo que las alternativas se resumían a la explotación o la marginación. En todos los casos, es necesaria una retracción del poder de las mayorías.

Así, un factor que se recuerda para explicar la crisis de la democracia liberal es el triunfo del neoliberalismo, que puede entenderse como la búsqueda de la imposición de un capitalismo ilimitado y sin concesiones (Anderson, 1998). Como política económica, promueve la reducción del Estado – por consiguiente, del espacio de medidas susceptibles de negociación política y guiadas por la regla de la igualdad entre todos los ciudadanos – y la expansión de la regulación por el mercado. Como cosmovisión, socava la producción de solidaridad social en favor de un estado permanente de competencia entre todos (Dardot y Laval, 2009; Brown, 2015, 2019). Si la democracia es un régimen que exige la diseminación de ciertos valores ético-políticos básicos, como han reconocido desde hace mucho tiempo incluso los autores liberales (Dahl y Lindblom, 1953), entonces el neoliberalismo expone inadvertidamente la incompatibilidad entre tales valores y la dominación sin cortapisas de la lógica capitalista (Boron, 2000).

Cuando la pandemia estalló, a principios de 2020, la hegemonía neoliberal parecía ciertamente estremecida, pero lejos estaba de haber sido derrotada. El discurso de los llamados “populistas” de derecha se sitúa a menudo en las antípodas del neoliberalismo, pero desde una perspectiva de cohesión social jerárquica y autoritaria³. Lo que entra en crisis, entonces, es el “neoliberalismo progresista” (Fraser, 2017), es decir, la absorción de las reivindicaciones de los grupos identitarios en clave individualista, compatible con la retracción neoliberal del Estado y de los derechos de la clase trabajadora, tal como se ve en las políticas del Partido Demócrata en los Estados Unidos. Como bien muestra el gobierno de Trump, la parte de su discurso de campaña en la que se criticaba a las grandes corporaciones nunca fue más allá de la mera retórica: su política económica seguía siendo fuertemente pro-capital, con el aura “anti-establishment” completamente anclada en la guerra cultural conservadora⁴. En países como Brasil, el énfasis en el discurso moral conservador permitió la sustitución de las políticas neoliberales mitigadas por la preocupación centrada en la inclusión social, característica de los gobiernos de centro-

crecimiento económico, siendo innecesarias políticas distributivas, y con ello abogan por el recorte de los impuestos pagados por los más ricos. Para un breve resumen, véase Todaro y Smith (2011, capítulo 3),

³ “Populismo de derecha” es la etiqueta imprecisa utilizada por el periodismo y por algunas corrientes de la Ciencia Política para caracterizar a nuevos líderes de la derecha mundial. A menudo desempeña un fuerte papel ideológico, no solo por presuponer un simétrico “populismo de izquierda” como por identificar el virtuoso “no populismo” con las políticas económicas neoliberales que los populistas combatirían real o supuestamente.

⁴ “En 2018, después de la reforma fiscal de Trump, y por primera vez en los últimos cien años, los multimillonarios pagaron menos que los metalúrgicos, los maestros y los jubilados. Los ricos vieron como sus impuestos volvían a los niveles registrados por última vez en la década de 1910, cuando el gobierno tenía solo un cuarto del tamaño del que tiene hoy. Es como si se hubiera borrado un siglo de historia fiscal” (Saez y Zucman, 2019, p. xi).

izquierda, por una ofensiva dirigida a la destrucción total de lo que había de Estado de bienestar, de regulación de la economía y de protección de los trabajadores.

El virus llega

Ese era el escenario antes de la llegada del virus y la consiguiente crisis sanitaria. Las dificultades con que se enfrenta la mayoría de los países para dar una respuesta rápida y a la altura del desafío han dejado en evidencia dramáticamente los perjudiciales efectos de la deriva neoliberal. Como era de esperar, los más evidentes se refieren a los sistemas públicos de salud: cuanto más se avanzó en su desmantelamiento y en su desfinanciación, menor es su capacidad para luchar contra la pandemia – y más sus efectos se mostrarán sensibles a las desigualdades sociales, en detrimento de las poblaciones más pobres. “El avance del Covid-19 exhibe todas las características de una pandemia de clase, género y raza”, como escribió David Harvey (2020)⁵. La injusticia corriente y a menudo normalizada, que hace que el acceso a la atención médica dependa de la posesión de recursos financieros, ha sido expuesta como inaceptable. También se puso en tela de juicio el discurso de las “ventajas comparativas”, que volvió como parte del paquete de la nueva ortodoxia económica, justificando la especialización de los países periféricos en el sector primario o en la industria de transformación más elemental (“maquiladoras”). La rápida expansión de la enfermedad hizo que escasearan los medicamentos, las pruebas de laboratorio y los insumos para su producción, así como los equipos hospitalarios, desde los respiradores mecánicos hasta las máscaras de protección personal (Mathias y Torres, 2020). Las naciones que no pueden producirlos se volvieron aún más vulnerables⁶.

Claro que los efectos de la pandemia no se limitaron tan solo a los temas que tocan directamente a la red de atención sanitaria. Se puso en tela de juicio toda la capacidad de gestión pública, así como el propio imaginario neoliberal y sus tentativas de presentar la privatización como sinónimo de eficiencia. Por ejemplo, desde el momento en que las fronteras se cerraron, los vuelos internacionales fueron en gran medida suspendidos y la repatriación de los ciudadanos al extranjero se convirtió en un problema a resolver, los gobiernos consideraron la posibilidad de reestatizar las compañías aéreas, entendiendo

⁵ El propio Harvey (2020) recuerda que, en el caso de los Estados Unidos, “el Presidente Trump había recortado el presupuesto del Centro de Control de Enfermedades [*Center for Disease Control* – CDC] y disuelto el grupo de trabajo sobre pandemias del Consejo de Seguridad Nacional [*National Security Council*] con el mismo ánimo [con el que reducía] la financiación de toda la investigación, incluida la del cambio climático”.

⁶ El fuerte carácter oligopólico de la industria farmacéutica y su lógica falta de interés por las inversiones en prevención tampoco ayudan a encontrar respuestas más rápidas y eficaces en situaciones de grave emergencia sanitaria como la desencadenada por el COVID-19.

que se trataba de una cuestión de soberanía y de seguridad para la población, mal atendida por la mera competencia comercial (UOL, 2020b).

En particular, la pedagogía de las décadas neoliberales, que condicionó a los Estados a que atendieran primero al capital y luego, cuando era posible, a las poblaciones, encontró su límite lógico. Las consecuencias del virus se hicieron sentir rápidamente en la economía – la necesidad de aislamiento social que llevó al cierre obligatorio de la mayoría de los comercios e impidió que muchos trabajadores llegaran a sus puestos de trabajo. Se volvió imperativo crear medidas para proteger empleos y salarios, salvar a los pequeños negocios y garantizar ingresos a la masa de trabajadores autónomos y precarizados. La emergencia, que dramatizó las consecuencias del prolongado desmantelamiento de los Estados de bienestar, obligó a dar prioridad a la atención de los más vulnerables. En la discusión sobre las posibles respuestas a la crisis, creció el interés por la teoría monetaria moderna (que justificaría una gran expansión de la emisión monetaria para financiar el gasto público) y por los proyectos de asignación universal (que garantizarían ingresos a todos, independientemente del acceso al mercado laboral)⁷.

La nueva situación, generada por el virus, hizo patentes los límites de la desvalorización del trabajo, que sigue siendo, al fin y al cabo, el elemento primordial de la producción de riqueza. La desprotección del trabajador adquirió la apariencia del *riesgo de vida*, exponiendo una de las asimetrías fundamentales de las relaciones laborales en el capitalismo – el hecho de que, al no ser la fuerza de trabajo separable del ser humano que la posee, al contrario de lo que ocurre con el capital, el trabajador está sometido a formas personales de subordinación y sacrificio. La explotación “del trabajo” no es una abstracción, sino la explotación del *trabajador*, con todo lo que esto implica.

Aun así, las presiones del capital no cesaron y han llevado, en todo el mundo, o bien a una reapertura precoz de las actividades económicas, o bien a medidas generosas para salvar a las empresas con poca preocupación por la preservación de los empleos y los salarios. Gobernantes como Donald Trump, en los Estados Unidos, y Jair Bolsonaro, en Brasil, se unieron a estos movimientos. Para defensores radicales del orden neoliberal, la pandemia fue vista inclusive como un momento privilegiado para profundizar las políticas de privatización y de desregulación. En Brasil, el Ministro de Economía, Paulo Guedes, no dudó en proponer la venta de empresas estatales estratégicas, con el pretexto de cubrir los gastos generados por la crisis sanitaria. O, como dijo uno de sus colegas, en una reunión ministerial, era hora de “aprovechar la volada” (Folha, 2020).

⁷ Véanse, entre muchos otros, Arnold (2020) y Prabhakar (2020) para los exámenes del debate sobre el ingreso básico y Covid-19; y Bofinger (2020) y Pressman (2020) para la teoría monetaria moderna y el Covid-19.

El hecho de que esta frase provenga del Ministro de Medio Ambiente, Ricardo Salles, es también significativo. La pandemia también expuso las consecuencias de la explotación depredadora de los recursos naturales. Los científicos son unánimes en afirmar que el surgimiento de nuevas enfermedades, hasta ahora desconocidas entre los humanos, está vinculado a la forma agroindustrial de producción de alimentos y a la destrucción de los hábitats silvestres – y casi con toda seguridad la Covid-19 es un ejemplo de ello⁸. No obstante, la preocupación dominante parece ser la de reanudar la actividad económica en los moldes anteriores. Esto quedó evidente en el caso de China, que fue el primer país afectado por el nuevo coronavirus y también el primero en ensayar un “retorno a la normalidad”. Se trata, por un lado, de reanudar rápidamente la producción en los niveles anteriores; y, por otro lado, de estimular a los consumidores a que hagan maratón de compras como compensación por el período de cuarentena. De hecho, la lógica de la acumulación, que se rige por la regla de que “más es siempre mejor” (Gorz, 1988), puede llevar a la idea de que, para recuperar el terreno perdido con los meses de aislamiento social, será bienvenida la relajación de las medidas de protección ambiental.

En suma: la situación generada por la pandemia aporta, como dicen muchos autores (Jansen, 2020), “lecciones” sobre las relaciones entre el capital y el trabajo, el papel del Estado, el impacto de las desigualdades sociales y la necesidad de proteger el medio ambiente. Por otra parte, el discurso de que es necesario volver a la normalidad empuja a la reanudación de las mismas prácticas, inhibiendo la reflexión colectiva sobre sus consecuencias. Como siempre, una cosa es lo que la historia enseña y otra es lo que la humanidad aprende. En la relación entre ellas, interviene la lucha política.

Es así como, con respecto a cuestiones más directamente vinculadas a la democracia y su funcionamiento, frente a la pandemia surgen fenómenos que, a primera vista, pueden resultar extraños o carentes de toda lógica. Es lo que sucede con el caso de los negacionistas de la extrema derecha que, en varios países, se proclaman defensores de las “libertades individuales” y se postulan como contrarios a toda política de prevención sanitaria articulada por el Estado anclada en la ciencia. Hay ejemplos tanto entre las fuerzas políticas que hoy son gobierno como entre los grupos y partidos que, estando en la oposición, verbalizan el mismo discurso contra cualquier intervención estatal que pueda perjudicar las “libertades ciudadanas”. Entre los primeros, cabe mencionar nuevamente los casos de Donald Trump, en los Estados Unidos, y Jair Bolsonaro, en Brasil.

⁸ Para comprender hasta qué punto el modelo industrial de producción de alimentos y la interferencia humana en el hábitat silvestre de varias especies son responsables de la aparición de estos nuevos virus, véase *Big farms make big flu: dispatches on influenza, agribusiness, and the nature of science*, de Rob Wallace (2016).

En ambos casos, se verifica un trabajo sistemático de enfrentamiento e intento de desmoralización de los gobiernos regionales y locales que buscan implementar políticas de control de la pandemia – así como de entidades internacionales como la OMS –, alegando que esas políticas estarían afectando las libertades de circulación, de trabajar, de ejercer el comercio, de manifestarse y de consumir. Para Trump y Bolsonaro, los gobiernos no deberían interferir en la libre elección individual y la lucha contra la pandemia, según ellos, no pasaría de una sucia estratagema para la multiplicación de medidas socializantes y autoritarias que aumentarían el poder de los gobiernos en detrimento de los derechos de la población. Se trata de la reedición, en condiciones aún más urgentes, del viejo discurso ultraliberal que rechaza toda regulación medioambiental o de salud pública en nombre de la libertad del consumidor (cf. Sunstein, 2014).

En el caso de los grupos y partidos de la oposición, cabe mencionar, a modo de ejemplo, lo que sucede en países como Argentina, Italia o España, donde grupos radicalizados, con retórica incendiaria, acusan a los gobiernos de estos países de querer establecer una “dictadura comunista” (sic). En Argentina, el macrismo, ante la derrota en las urnas y el consecuente fracaso del proyecto reeleccionista, recurre a este tipo de discurso – para atacar al gobierno de Alberto Fernández, acuñó la expresión “infectadura” –, en un claro proceso orientado a la fascistización de su base social. Lo mismo ocurre en España, con partidos de matriz fascista como Vox, que descarga artillería pesada contra la coalición de centro-izquierda hoy en el gobierno, y en Italia, donde grupos como los “chalecos naranjas” buscan ganar el protagonismo de las calles contra las políticas de aislamiento promovidas por el gobierno centrista de Giuseppe Conte⁹. El discurso en defensa de la “libertad”, por paradójico que parezca, era también el de los neonazis en Alemania, que salieron a la calle contra el aislamiento social junto a conspiracionistas y otros grupos de la derecha (Müller, 2020).

Estos son ejemplos que pueden resultar como mínimo extraños, si pensamos que, en todos los casos, son protagonizados por grupos y figuras políticas que tienen poco o nada que ver con la defensa real de los derechos individuales o colectivos y con la preservación de la democracia. Lo que hay, en realidad, en estos casos, son situaciones en las que se defienden ciertas libertades, restringidas a grupos sociales específicos, en detrimento de otras. Y en esta articulación lo que subyace es la matriz anarco-capitalista (Childs, 1969; Rothbard, [1982] 2002; Hoppe, 1989, 1993), de insistente negación discursiva del Estado y de la política y de exaltación del mercado como único regulador pretendidamente legítimo y eficiente de la vida social. Claro que, en nombre de la libertad mercantil – “hay

⁹ Para más información sobre estos tres casos, véase *Página/12* (2020), Rius (2020) y *Diário de Notícias* (2020), respectivamente.

que salvar la economía”, “la economía no puede parar” – estas fuerzas no rehúyen a hacer uso, cuando están en posiciones de gobierno, de toda la coerción estatal disponible para romper la resistencia de aquellos grupos y sectores que luchan por los derechos colectivos, entre los que se encuentra el derecho a la salud y a la vida de la población. Porque, como bien nos recuerda Daniel Bernabé (2018, p. 112), “El Estado sigue presente allí donde debe mantener el orden de clase, pero retrocede allí donde valió para atenuarlo”. Después de todo, en palabras de Milton Friedman (2012 [1962], p. 45) – un icono del pensamiento neoliberal – “El liberal coherente no es anarquista”.

En los casos mencionados, la retórica pro-mercado o libertaria se combina con un profundo conservadurismo social, dando lugar a un verdadero proyecto de guerra cultural, que pretende transformar radicalmente los fundamentos mismos de la sociedad (Lavinas, 2020; Drolet y Williams, 2020). Este proyecto tiene como uno de sus blancos privilegiados el Estado de bienestar, en aquellos países donde de hecho llegó a ser construido, o sus muy deficientes emulaciones, como sucede en la mayoría de los países latinoamericanos, así como tiene como blanco preferido, también, el propio proceso democrático. En lugar del Estado de bienestar, la meritocracia y el darwinismo social. En lugar de la democracia, la combinación de demagogos autoritarios y políticas tecnocráticas.

Pero más allá de las particularidades de cada caso e incluso en países con gobiernos ajenos a la retórica de figuras como las citadas, la cuestión de fondo que la pandemia plantea para el debate es la capacidad que tiene la democracia para hacer frente a situaciones críticas de esta magnitud. En uno de los libros más difundidos sobre la actual crisis de los regímenes liberal-democráticos, *How democracy ends*, David Runciman (2018) argumenta que las democracias no consiguen lidiar con cuestiones de vida o muerte – el ejemplo que da, de los tiempos pre-pandemia, es el calentamiento global. Es, como mínimo, una declaración curiosa, ya que se trata de una obra que se presenta de forma ostensiva como una defensa de la democracia. Después de todo, el mundo contemporáneo es caracterizado, por muchos teóricos sociales (Beck, 2006 [1986], entre otros), como una sociedad de gestión de riesgos, en la que “las cuestiones de vida o muerte” están presentes cotidianamente. Si la democracia realmente no es útil para esto, ¿cuál es su espacio efectivo en la organización de la vida social? ¿Y qué tipo de organización política vendría a asumir la posta y tomaría las decisiones sobre estas cuestiones?

El debate no es nuevo, tan solo reaparece con una fuerza renovada. El campo conservador ha esgrimido desde siempre el asunto de la “complejidad” como un obstáculo insuperable para la ampliación de la participación popular y de la profundización del proceso

democrático. No es casualidad que esta cuestión sea insistentemente planteada por corrientes expresivas de la ciencia política como un argumento que probaría la inevitabilidad del modelo “elitista-competitivo” como única posibilidad efectiva para la democracia (Schumpeter 1983 [1942]; Almond y Verba, 1963; Milbrath, 1965; Sartori, 1987). Y planteada también incluso por autores que, en un principio, se presentan como adversarios de ese modelo, como Crawford B. Macpherson, para quien los que proponen la participación popular en las grandes decisiones no tendrían en cuenta la complejidad de los asuntos públicos, “[...] que exigiría a cada votante un grado de perspicacia que resulta imposible esperar” (Macpherson, 1982 [1977], p. 117). O como ocurre con Norberto Bobbio, cuando sostiene la tesis de que la sociedad sería demasiado compleja y que la solución de buena parte de los problemas económicos y sociales requeriría conocimientos técnicos que no están al alcance de las grandes mayorías, porque “a medida que las decisiones van haciéndose más técnicas y menos políticas, ¿acaso no se va restringiendo la esfera de competencia del ciudadano y, en consecuencia, su soberanía?” (Bobbio, 1986 [1976], p. 93).

Son argumentos siempre presentes, pero vuelven a la palestra con mayor prominencia aún en crisis de dimensiones como la que enfrenta actualmente la humanidad. En consonancia con los autores citados, Danilo Zolo (1994) también postulaba que habría una antinomia central entre complejidad y democracia y que la creciente complejidad llevaría a un aumento de la demanda social de poder, así como a la búsqueda de mecanismos rápidos y eficientes que pudieran reducirla. Según Zolo, el desarrollo científico y el aumento del conocimiento no reducirían la complejidad; por el contrario, abrirían nuevos horizontes, nuevos interrogantes, una mayor incertidumbre en las “sociedades de riesgo” y una creciente incapacidad para comprender y dar cuenta de cada vez más estímulos. Todo lo cual llevaría a que las sociedades buscaran quien garantice el orden, legitimando así las restricciones al sistema democrático.

Es evidente que ese tipo de razonamiento, llevado hasta sus últimas consecuencias, empieza por defender primero el fin de la participación, después el de la deliberación, luego permite anular la representación para, finalmente, liquidar la propia democracia. Cuando, a contramano, se podría pensar que la democracia sería más consistente con la complejidad que las alternativas no democráticas, al asegurar la posibilidad de decisiones libres, abiertas y contingentes (Bohman, 1996). Esto requiere, por supuesto, considerar que la incompetencia política generalizada no es independiente del muy bajísimo incentivo a la educación política que brinda el entramado institucional de las democracias realmente existentes.

¿Y si la solución radicara en escapar de tal antinomia, no aceptando la complejidad como algo necesariamente inevitable? Ecosocialistas como André Gorz sostenían que es necesario abolir los sistemas demasiado complejos como para que puedan ser manejados de manera democrática. Este era uno de los argumentos movilizadas contra el uso de la energía nuclear. Es posible extender el razonamiento a toda nuestra relación con el mundo natural. El desequilibrio ecológico – que, como todo indica y ya se ha dicho anteriormente, está en la raíz del brote de la pandemia del nuevo coronavirus – también debe ser contenido para que las decisiones que cabe tomar a las sociedades permanezcan en una escala humana que sea compatible con el funcionamiento de la democracia. Así como la democracia no es algo dado, tampoco lo es la complejidad. La aceptación de la complejidad como un hecho incuestionable e inmodificable justifica un escenario en el que la propia democracia se convierte en la gran víctima. Como quería Castoriadis (1983 [1979]), se hace imperativo abandonar la falsa técnica oculta, el mundo de los ‘especialistas’: todo esto sería mentira y mistificación. De lo contrario, si tales argumentos fueran ciertos, la dirección de la sociedad sería imposible, ya que “el político debería ser la encarnación del Saber absoluto y total” (p. 143). ¿Por qué resignarse a la falaz idea de que los líderes políticos y los tecnócratas serían más capaces que los hombres y mujeres corrientes de hacer evaluaciones morales?

Estas cuestiones plantean el desafío, mayúsculo, que toma cuenta de democracias que realmente merezcan ese nombre: el de aumentar la autonomía y la formación política de las grandes masas, al mismo tiempo que se lucha por la reducción de la complejidad, sin demagogia, sin paternalismos, sin trivialización de asuntos serios y sin procesos de infantilización.

Sin embargo, esto no parece ser lo que está sucediendo hoy en día. Si bien es cierto que, en el contexto específico de la lucha contra la pandemia – e incluso antes de ella –, surgen feroces controversias que ponen en entredicho la autoridad de los expertos, no son controversias alimentadas por el deseo de ampliar y profundizar la democracia y por el anhelo de una mayor socialización del conocimiento. Todo lo contrario: tales disputas están ancladas en creciente anti-intelectualismo y renovada fe en los discursos fundamentalistas, característicos de la llamada era de la “posverdad” (Nichols, 2017; Kapolka, 2019; Santaella, 2019). La desconfianza en las fuentes de conocimiento hasta ahora consideradas legítimas – la ciencia, la escuela, la universidad y el periodismo profesional – va en aumento, abriendo espacio a una especie de relativismo científico popular, radical y teñido de un pseudo-democratismo, en el que cualquier opinión vale tanto como cualquier otra. Un fenómeno que, según Harsin (2018), remite a la confluencia de reivindicaciones de verdad contrapuestas (problema epistémico), a la pérdida de

confianza en los dispositivos de conocimiento que avalaban lo que era la verdad (problema fiduciario) y el desinterés deliberado por los criterios socialmente aceptados de validación de los discursos (problema ético-moral).

Apropiada – e insistentemente estimulada – por grupos de interés y movimientos políticos, esta absoluta incertidumbre epistémica permite la formación de enclaves de seguidores de una determinada opinión, las llamadas “burbujas discursivas”, inmunes a desafíos generados por cualquier razonamiento o evidencia divergente. El criterio para validar las afirmaciones se reduce a la aquiescencia de la “red de concordancia”, constitutiva de la propia burbuja (Sawyer, 2018, p 56). Lo cual lleva a que los cuestionamientos sean vistos como amenazas a toda la red de concordancia y que, como tales, necesiten ser eliminados. La pertenencia a la red se torna parte de la propia identidad de cada uno, lo que permite que sean activados, en defensa propia, los fuertes mecanismos psicológicos dirigidos a proteger la identidad personal. Precisamente por ello, los dispositivos de posverdad se muestran capaces de bloquear o imposibilitar cualquier intento de debate público (McIntyre, 2018).

En campañas electorales como las de Trump y Bolsonaro, así como en plebiscitos como el del Brexit o el del acuerdo de paz en Colombia, las estrategias políticas basadas en la posverdad han demostrado su eficacia (González, 2017; Rose, 2017; Norris e Inglehart, 2019). Varios estudios han puesto en evidencia que la decisión de voto no implicaba una creencia real en las afirmaciones extraordinarias de los dirigentes, lo que indica que más que un simple uso estratégico de la mentira por parte de los agentes políticos, está surgiendo un nuevo patrón en la relación del público con la idea de verdad, que privilegia la gratificación inmediata (Kapolkas, 2019; Figueira y Santos, 2019), sin referencia al mundo exterior objetivo. Lo mismo ocurre con las posiciones, en los más diversos países, frente a la pandemia. No es pequeño el porcentaje de la población mundial que considera que el virus no existe y que no sería más que un artificio inventado por los gobiernos y los grandes poderes mundiales ocultos para dominar a la humanidad.

Se trata de una situación difícil de enfrentar, sobre todo si se piensa en la movilización interesada del valor de la libertad de expresión por parte de los sectores más reaccionarios, que, como dijo Cass Sunstein (1993), han adoptado la posición de “absolutistas de la libertad de expresión”. Desconociendo la vinculación histórica de la libertad de expresión con la exigencia de pluralización de voces en el debate público, que permite que sean dejadas de lado cuestiones espinosas como la democratización de los medios de comunicación y la disociación entre el acceso a la palabra y el poder económico, ellos la reducen al derecho a que cada uno diga lo que quiera, con los medios de que dispone. Y,

en la medida en que no se reconoce ningún criterio de validación, cualquier falsedad puede seguir siendo propagada, ya sea calumnias contra los adversarios políticos, negacionismos históricos (“el nazismo era de izquierdas”) o barbaridades científicas (“la tierra es plana”, “el virus no existe”).

Por lo general, el problema no reside en la falta de información, sino en el exceso de ella o en la infodemia; un tipo de información que proviene, principalmente, de fuentes de dudosa o nula calidad. Es lo que sucede con la pandemia, que ha dado lugar a una profusión de informaciones falsas, diseminadas principalmente a través de las redes sociales – desde pretendidos inmunizadores contra el virus (como los alimentos con un pH superior a 5,5) hasta supuestas notificaciones falsas de muertes por Covid-19 (como el “primo del portero” que murió cuando se le reventó una rueda del camión, pero que habría sido contabilizado entre las víctimas de la pandemia)¹⁰. Gobernantes como Donald Trump y Jair Bolsonaro, así como los miembros de sus equipos, han trabajado activamente en la divulgación de muchas de ellas, que pueden, *grosso modo*, ser divididas en tres categorías:

- a) Teorías conspiratorias sobre el origen de la pandemia, que habría sido deliberadamente diseminada por el gobierno chino con el fin de debilitar las economías occidentales (de ahí la insistencia de Trump y otros en llamar al patógeno como el “virus chino”);
- b) Minimización de la gravedad de la enfermedad ayudando a socavar el apoyo a las medidas de aislamiento social propugnadas por los epidemiólogos (la “gripecita” de Jair Bolsonaro); y
- c) Promoción de fármacos que supuestamente garantizarían la curación de la nueva enfermedad, a pesar de la ausencia de pruebas científicas confiables (o incluso en *contra de* las pruebas científicas que se acumulaban), especialmente la cloroquina y su fórmula más ligera, la hidroxicloroquina.

En tiempos en que impera el relativismo absoluto, todos tendríamos derecho a opinar, sobre todo, y todas las opiniones tendrían el mismo valor. Un defensor de la Tierra plana tendría el mismo derecho a manifestarse que uno que afirme el carácter esférico de nuestro planeta, un negacionista del cambio climático tendría el mismo derecho a expresar su punto de vista que un científico que demuestre el acelerado proceso de cambio climático que sufre el planeta, un apologista de la tortura tendría la misma

¹⁰ La fábula del pH alcalino circuló insistentemente en las redes de WhatsApp (Afonso, 2020). El “primo del portero” fue el protagonista de cientos de tuits idénticos, disparados por diferentes cuentas de microblog (Catraca Livre, 2020).

prerrogativa de manifestarse públicamente que un defensor de los derechos humanos, y así sucesivamente... La aparente “libertad” que de ahí resulta lleva, sin embargo, a la imposibilidad de un debate público. El modelo es el de un mercado de ideas totalmente desregulado. Pero vale la pena recordar que los mercados desregulados operan invariablemente a favor de los poseedores de más recursos económicos. El mundo de la posverdad es un mundo en el que las mentiras interesadas al servicio de intereses poderosos prosperan con menos oposición.

¿Cuáles son las perspectivas de la democracia pospandémica?

¿Cómo se perfila el escenario pospandémico? ¿Qué quedará de la pandemia y de las medidas de emergencia adoptadas para combatirla? ¿Qué lecciones podemos extraer de todo esto? ¿Cuáles son las consecuencias para el futuro de la democracia? Desde ya que es importante destacar que no hay respuestas dadas o predefinidas. En primer lugar, porque la pandemia todavía no terminó y no sabemos cuándo realmente esto sucederá. En segundo lugar, porque, como ya se ha dicho, las respuestas se construyen en la lucha, en función de la dinámica social y la capacidad, la conciencia y la fuerza con que cuenten los diferentes actores en pugna. Lo que podemos hacer aquí, por lo tanto, es tan solo tratar de identificar las tendencias que se expresan en los acontecimientos de los últimos meses y reflexionar sobre los escenarios que se abren y cómo éstos podrán repercutir – positiva o negativamente – sobre el futuro del proceso democrático.

Siendo así, una de las cuestiones más evidentes surgidas en torno al coronavirus tiene que ver con la forma en que gobiernos de distinto signo han lidiado con la pandemia. Es el caso del contrapunto que *a priori* podría verse entre lo que ha hecho China y el accionar de los gobiernos liberal-democráticos. Aun cuando haya buenas razones para dudar de las cifras publicadas por el gobierno chino (BBC, 2020), parece claro que la enfermedad ha sido controlada en el país – y que las medidas draconianas de aislamiento social, cuya aplicación fue facilitada por el régimen autoritario, desempeñaron un papel importante en el logro de este resultado. En Europa occidental, en cambio, con controles no tan estrictos, los resultados positivos tardaron más en aparecer. Y no solo eso: las medidas más laxas también puede ser que expliquen, aunque sea en parte, el fuerte resurgimiento del virus en varios países y grandes ciudades del Viejo Continente, como el caso de Madrid, que en la segunda mitad de 2020 se convirtió en el epicentro de un nuevo brote de Covid-19.

Aun así, es innegable que, además de este contraste entre el gobierno chino y los gobiernos europeos formalmente democráticos, estos últimos también coquetean de alguna manera

con un aumento del control estatal sobre las personas: una vigilancia continua con una reducción aún mayor de la privacidad y una restricción más o menos perenne del derecho a circular. En Inglaterra, por ejemplo, se está analizando la posibilidad de utilizar programas informáticos de reconocimiento facial en vías y edificios públicos para garantizar que los “indeseables”, es decir, los que no tienen anticuerpos, no salgan a la calle (Roth et al., 2020). Esto sirve para legitimar el mantra “seguridad por sobre la libertad”, siempre evocado por los sectores conservadores, sobre todo después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, para implementar medidas de restricción de las garantías individuales. O incluso sirve para intentar justificar el *apartheid* social que pretende llevar a cabo la presidenta de la Comunidad de Madrid – recién mencionada – cuando decide un confinamiento selectivo que afecta a los barrios y localidades más pobres de la comunidad autónoma – acompañado de declaraciones xenófobas y clasistas –, a la vez que permite la plena libertad de movimiento en las zonas más acomodadas (Público, 2020).

Por supuesto que en la gama de respuestas gubernamentales a la pandemia no se puede dejar de mencionar una tercera vía: la (no) respuesta dada por gobiernos como los de Bolsonaro o Trump ya citados. En estos casos, la estrategia no solo ha sido la de la minimización y difusión de noticias falsas, como las mencionadas anteriormente. También hay, en casos como el brasileño, una opción explícita por la necropolítica, un perverso culto a la muerte, como cuando Bolsonaro dice “¿Y qué? Los que tienen que morir morirán”, en una clara política fatalista y maltusiana de promoción del exterminio de los más débiles¹¹.

En lo que respecta a la democracia y su funcionamiento, otro elemento clave a considerar tiene que ver con la acelerada pérdida de la privacidad personal en el ámbito de lo que Shoshana Zuboff (2018) denominó “capitalismo de vigilancia”. Los gigantes de la tecnología, que hoy en día modelan una parte tan grande del espacio en el que interactúan las personas, como Facebook, Apple o Google, monitorean activamente cada movimiento de sus consumidores, produciendo gigantescas bases de datos con las que buscan predecir y dirigir comportamientos. Estar online (aun antes de la pandemia una parte creciente de nuestra vida se realizaba online, más aún con la incorporación de televisores, altavoces o incluso aspiradoras a esos sistemas) es estar bajo vigilancia, en una relación que no da a las personas prácticamente ningún control sobre los datos que se recogerán y el uso que recibirán – y menos aún, como señala Zuboff, para la idea, tornada casi “natural”, de que

¹¹ Además de Vladimir Safatle (2020), que ya antes de la aparición de la pandemia, en varias intervenciones públicas, había estado hablando de la realidad sociopolítica brasileña en clave de necropolítica, véase también Duarte (2020).

toda experiencia humana debe ser convertida en materia prima para la extracción de datos con fines comerciales.

Los recursos de vigilancia que ahora se ponen al servicio del aislamiento social que requiere el combate contra el coronavirus se han desarrollado como parte de este esfuerzo empresarial de monitoreo. Se revela así otra faceta del proceso de desdemocratización: la colonización de cada vez mayores espacios de la vida social por corporaciones privadas, con los usuarios – limitados por contratos impuestos de manera unilateral, pero de adhesión supuestamente “voluntaria” – desprovistos de cualquier poder (Radin, 2013). Un fenómeno que también cobra fuerza en los entornos escolares y universitarios, donde se impone el sistema de educación virtual, con la “generosa” colaboración de estas grandes corporaciones (los convenios universitarios para el uso “gratuito” del *Google Meet* o de *Microsoft Teams* constituyen uno de los ejemplos más evidentes) ante una resistencia en general escasa por parte de la comunidad académica, cuando no de una adhesión entusiasta e ingenua en nombre de la supuesta mayor libertad que traería la vida en las plataformas online¹². El uso público de estas tecnologías, con las preocupaciones que genera, revela la importancia de establecer reglas transparentes, accesibles a todos, debatidas y aprobadas de manera democrática, válidas tanto para el Estado como para las empresas privadas, sobre qué datos pueden obtenerse y en qué circunstancias, quién tiene acceso a ellos y con qué fines específicos.

Es un hecho innegable que la inequitativa distribución del conocimiento, de la información y de la capacidad organizativa son poderosos obstáculos para un proceso de democratización que permita poner un freno al avance de las megacorporaciones en las más diversas esferas de la vida social, incluidas las recién mencionadas. En las primeras semanas de la pandemia, muchos nos ilusionamos con las posibilidades, hasta entonces aún muy lejanas, de un gran impulso al debate sobre las políticas de ingresos universales, de reducción de la jornada laboral, de cambios en el patrón de consumo, de mayores estímulos al uso de energías renovables, de mayor conciencia de nuestra ecodependencia y de valorización de profesiones mal pagadas y poco reconocidas socialmente. Una ilusión que pasaba, también, por creer en un renacimiento de los lazos de solidaridad social gravemente sacudidos por el neoliberalismo, en una mayor preocupación por nuestro planeta y en una revisión de nuestras prioridades como sociedades.

¹² Naomi Klein (2020) denuncia la doctrina del shock pandémico, en lo que ella llama la “Screen New Deal”. Se trata de una distopía muy real, cuya implementación se ha acelerado con el coronavirus, y que consiste básicamente en el fortalecimiento de los lazos entre los Estados y las megacorporaciones tecnológicas en el diseño de un mundo altamente interconectado, controlado y monetizado, que abarca áreas como el comercio, la salud, la educación, el entretenimiento e incluso academias y prisiones.

Esto operó como una especie de consuelo frente a las privaciones que vinieron con las medidas para combatir la pandemia, lo que daba a entender que el sufrimiento presente no sería en vano. Lo que vemos, sin embargo, es que tales sentimientos van, poco a poco, perdiendo intensidad, mientras gana fuerza la militancia – en las calles y en las redes – de los “anticuarentena”, de los “antivacunas”, de los denunciadores seriales de delirantes conspiraciones planetarias supuestamente capitaneadas por Bill Gates o George Soros y ejecutadas por gobiernos serviles – preferentemente de naturaleza progresista¹³. Y mientras cobra fuerza, también, la tesis de la vuelta a la “normalidad”; una normalidad recargada que conlleva una mayor concentración del ingreso y de la riqueza, el cierre de miles y miles de comercios y pequeñas y medianas empresas en beneficio de una oligopolización todavía mayor de la economía y del fin de las políticas de emergencia en la distribución del ingreso. Todo lo cual da lugar a un clima de mayor polarización política – una polarización profundamente asimétrica, ya que es la extrema derecha “alternativa” la que se despega del terreno común en el que se daban las divergencias – y una mayor desconfianza, en el que el diálogo se hace cada vez más difícil y en el que la izquierda se vuelve cada vez más inaudible e invisible.

Declaraciones como las del Secretario de Estado norteamericano sobre las oportunidades de negocio que se abren con el derretimiento del casquete polar desde ya que no son nada alentadoras. Concretamente, en mayo de 2019, Mike Pompeo dijo:

El Ártico está a la vanguardia de la oportunidad y la abundancia. Es el hogar del 13% del petróleo no descubierto del mundo, del 30% del gas no descubierto y de abundante uranio, minerales de tierras raras, oro, diamantes y millones de kilómetros cuadrados de recursos inexplorados. [...] La reducción constante del hielo marino abre nuevos pasajes y nuevas oportunidades de comercio (Democracy Now, 2019).

Añadiendo incluso que “las travesías del Mar Ártico podrían convertirse en los canales de Suez y Panamá del siglo XXI”. Lo que configura una de las confesiones más aterradoras de cuán lejos están dispuestas a llegar las grandes corporaciones en la expansión del capitalismo ecocida¹⁴. Así como abre grandes interrogantes sobre el porvenir: ¿volverán las gigantescas movilizaciones populares que entraron en compás de espera cuando se

¹³ Estas teorías, en su obstinada búsqueda de chivos expiatorios, terminan por desviar la atención de las conspiraciones reales – como, por ejemplo, las promovidas por el Departamento de Estado de los EE.UU., que llevaron al derrocamiento de tantos presidentes latinoamericanos en los últimos años. Y no sólo eso: principalmente tales teorías hacen invisibles cuestiones sistémicas que, independientemente de los supuestos “deseos malignos” de figuras más o menos conocidas, son las que realmente permiten comprender una buena parte de las tragedias sufridas por la humanidad. En cuanto a las conspiraciones atribuidas a Bill Gates y George Soros, véase, por ejemplo, Wakefielf (2020) y Galvani (2020).

¹⁴ En esta línea, también vale la pena agregar las acusaciones de Noam Chomsky (2020) sobre el abandono de los tratados sobre el control del uso de armas de destrucción masiva, propiciado por el presidente de los Estados Unidos, las que lo llevan a afirmar que “Por eso el famoso Reloj del Juicio Final se ha estado acercando a la medianoche cada año más que Trump está en el poder”.

declaró la pandemia, como las multitudinarias manifestaciones en Chile¹⁵, por ejemplo, cuando se acaben las medidas de aislamiento social? Si la respuesta fuera positiva, ¿volverán con el mismo o mayor poder? La respuesta social a las políticas suicidas promovidas por las megacorporaciones ha quedado congelada o postergada en el tiempo. La cuestión es saber si cuando retome su presencia en las calles esta tendrá la fuerza necesaria para – como diría Walter Benjamin – activar el freno de emergencia.

Las señales que provienen del mundo de la producción tampoco son muy alentadoras. La pandemia y la cuarentena han servido de estímulo para que las empresas – especialmente las megacorporaciones – reformen sus planes de negocios y sus formas de producción. En los sectores de punta, las inversiones masivas en tecnología pueden resultar atractivas, reduciendo el uso de la mano de obra, aumentando el desempleo y precarizando aún más la situación laboral. Esto marca, para los países de la periferia, la expansión del patrón de explotación, ya que, para garantizar la posibilidad de realización del capital en una población con ingresos cada vez más reducidos, las materias primas y los productos de consumo popular deben tener un valor rebajado.

Las políticas de aislamiento social han propiciado, también en el campo del trabajo, cambios importantes, que pueden perdurar en el tiempo. Es el caso, en particular, de la expansión del trabajo a domicilio (o “home office”, en la anglofilia reinante). En muchos sectores económicos se acoge con beneplácito la posibilidad de transferir ciertas tareas al domicilio de los trabajadores de manera permanente, principalmente tareas vinculadas al sector terciario. Este fenómeno ha dado lugar a lecturas optimistas, que ponen de relieve el “privilegio” que resultaría de poder quedarse en casa, de hacer su propio horario y así tener “mayor libertad”, como se ha mencionado anteriormente con respecto a la esfera educativa. No hay dudas de que un menor desplazamiento puede traer beneficios muy directos al medio ambiente y, mientras dure la pandemia, menores riesgos de contagio. Sin embargo, bien vale preguntarse si esta tendencia no intensificará aún más las relaciones de explotación y el proceso de colonización de los pocos espacios en la vida de las trabajadoras y trabajadores que aún no han sido tomados por el capital. El “horario flexible” se convierte con facilidad en ausencia de jornada fija. Una parte de los ingresos tendrá que destinarse a la adquisición de equipos y de competencias que permitan el trabajo en el hogar (es decir, el trabajador financia a su empleador). La ausencia de contacto entre los colegas dificulta la formación de una identidad profesional y la acción colectiva.

¹⁵ 2019 fue un año de grandes manifestaciones en varias partes del mundo. En América Latina la posición más destacada le tocó a las que ocurrieron en Ecuador y en Chile. En este último, las gigantescas movilizaciones – las más grandes de la historia del país – tuvieron lugar entre octubre de 2019 y febrero de 2020, comenzando en Santiago y extendiéndose rápidamente por todo el país (véase, por ejemplo, Morán, 2019).

Lejos de los felices “prosumidores” imaginados por Alvin Toffler (1982 [1980])¹⁶, los meses de cuarentena – sobre todo en los países en los que ésta se tomó en serio – pusieron al descubierto un escenario de aumento de enfermedades laborales, mayor sufrimiento psíquico y nuevas formas de consumismo compulsivo¹⁷. Las tecnologías de la información y la comunicación, en vez de contribuir al florecimiento de un ser humano más libre, autónomo y emancipado, pueden estar alimentando, por el contrario, un proceso de mayor dependencia y sumisión a los dictados del capital. Lo que hace que nos preguntemos, una vez más, por el impacto que todo esto tendrá sobre la democracia en un futuro próximo. Una pregunta que, por lo visto hasta ahora, no parece encontrar una respuesta realmente muy positiva.

Consideraciones finales

Proceso con múltiples dimensiones y aún abierto, la pandemia del nuevo coronavirus plantea preguntas que, de ningún modo, pueden ser respondidas por el momento. Las salidas de la crisis – o de las crisis: económica, política, sanitaria, ecológica, civilizacional – no son inexorables. A partir de estos largos meses de aislamiento social e incertidumbre, se pueden construir narrativas que refuercen o reduzcan el poder de apelación del individualismo, del consumismo, de la explotación depredadora del mundo natural, en definitiva, de la “razón del mundo” neoliberal. De acuerdo a lo que tratamos de exponer en este artículo, nuestra convicción es que la mejor lección que se puede extraer de la pandemia es que es necesario repensar, de manera radical, la organización de la sociedad y la relación que la humanidad mantiene con el medio ambiente. En palabras de Vandana Shiva (2020), lo que sufrimos es la “consecuencia de una guerra contra la vida”, impulsada por el capitalismo mundial con su insaciable impulso depredador.

Sin embargo, no es esta la opción preferida por los grupos que controlan los recursos de poder, ya sea político, económico o informativo. Para ellos se trata de “volver a la normalidad”, con tanto más empeño cuanto más necesario sea promover una recuperación económica que supere la pausa forzada causada por el virus.

¹⁶ El libro de Toffler, traducido a varios idiomas, fue, en su época, un rotundo éxito de ventas. En él, el futurólogo estadounidense anunciaba una “tercera ola” que daría paso a un mañana capitalista extremadamente auspicioso y en el que el “prosumidor” (acrónimo resultante de la fusión de las palabras productor y consumidor) sería el verdadero soberano.

¹⁷ Para Harvey (2020), “Las reglas sugeridas de distanciamiento social pueden, si la emergencia persiste lo suficiente, conducir a un cambio cultural. La única forma de consumismo que casi con seguridad se beneficiará de todo esto es lo que llamo la economía ‘Netflix’, que atiende a los ‘binge watchers’ de todos modos”.

La democracia es un componente – interdependiente de otros – de las elecciones que el mundo tendrá que hacer para la pospandemia. Debilitadas por el avance del orden neoliberal, que privó al Estado de gran parte de su capacidad de regulación y de sus posibilidades de responder a la voluntad popular, y también por la aparición de la nueva extrema derecha, las democracias realmente existentes se mostraron ineficaces. Frente al negacionismo interesado de gobernantes como Donald Trump o Jair Bolsonaro, muchas voces progresistas terminaron por abrazar la defensa de una “obediencia a la ciencia” que no se somete a ningún control democrático. Y ante el apego oportunista de la extrema derecha a las libertades individuales, traducidas en la libertad de no cumplir con los protocolos sanitarios básicos, las soluciones autoritarias parecen seductoras. Sin embargo, más que una condena de la democracia, la situación expone los límites de un orden político que reivindica los valores democráticos para, en el mismo movimiento, vaciarlos de significado. La brecha cada vez mayor entre una minoría súper rica y una mayoría empobrecida rompe con el supuesto básico de la democracia: la igualdad. Esta se ve reducida a la igualdad política formal, a la cual le faltan las condiciones para generar una influencia política efectiva. El desaliento de la educación política, agravado por los nuevos circuitos de desinformación, genera una ciudadanía poco cualificada, que aparece (incluso ante sus propios ojos) como evidencia de que una profundización de la democracia será desastrosa. El cuadro se completa con la radicalización del individualismo, que socava el sentido de colectividad y la solidaridad que siempre han sido constitutivos del ideal democrático.

Una democracia de muy baja intensidad, reducida a un ritual, ciertamente no está capacitada para afrontar un desafío como el lanzado por la pandemia. En las últimas décadas, la imaginación política se empequeñeció. El régimen competitivo pasó a ser el único horizonte para la democracia posible, así como pasó a considerarse inevitable su limitación al espacio que sobró después de que la economía capitalista hizo su organización del mundo social. Es hora de retomar el proyecto de una democracia más cercana a sus valores originales. Esto se asocia con la posibilidad no sólo de producir un orden más igualitario y más libre, sino también con la supervivencia de la propia humanidad.

Bibliografía

- Afonso, N. (2020). “#Verificamos: É falso que alimentos com ‘pH mais alcalino’ ajudam no combate à Covid-19”. *Agência Lupa*, 16 de abril. Disponible en piaui.folha.uol.com.br/lupa/2020/04/16/verificamos-ph-alimentos-covid/. Consulta: 11 jul. 2020.
- Almond, G. y Verba, S. (1963). *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Anderson, P. (2000 [1998]). *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- Antunes, R. (2000). *Os sentidos do trabalho*. San Pablo: Boitempo.
- Arnold, C. (2020). “Pandemic speeds largest test yet of universal basic income”. *Nature*, online, 10 de julio. Disponible en [nature.com/articles/d41586-020-01993-3](https://www.nature.com/articles/d41586-020-01993-3). Consulta: 2 oct. 2020. ISSN 1476-4687
- BBC (2020). “Origen del coronavirus: el científico que asegura que China ‘encubrió’ los primeros casos de covid-19 (y cómo eso empeoró la pandemia)”. *BBC News Brasil*, edición online, 29 de julio. Disponible en [bbc.com/mundo/noticias-internacional-53576076](https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-53576076). Consulta: 20 sept. 2020.
- Beck, U. (2006 [1986]). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bernabé, D. (2018). *La trampa de la diversidad*. Madrid: Akal.
- Blyth, M. (2014 [2013]). *Austeridad: historia de una idea peligrosa*. Barcelona: Crítica.
- Bobbio, N. (1986 [1976]) *¿Qué socialismo?* Barcelona: Plaza & Janés.
- Bofinger, P. (2020). “Coronavirus crisis: now is the hour of MMT”. Entrevista a Tim Phillips. *Vox*, online, 7 de abril. Disponible en [voxeu.org/content/coronavirus-crisis-now-hour-mmt](https://www.voxeu.org/content/coronavirus-crisis-now-hour-mmt). Consulta: 2 oct. 2020.
- Bohman, J. (1996). *Public deliberation: pluralism, complexity, and democracy*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.
- Boron, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva: mercado contra democracia en el capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Boron, A. (2009) “De la guerra infinita a la crisis infinita”. Trabajo presentado en el *XI Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo*. La Habana, 2 a 6 de marzo. Disponible en herramienta.com.ar/foro-capitalismo-en-trance/de-la-guerra-infinita-la-crisis-infinita. Consulta: 29 sept. 2020.
- Brown, W. (2015). *Undoing the demos: neoliberalism’s stealth revolution*. Nueva York: Zone Books.
- Brown, W. (2019). *In the ruins of neoliberalism: the rise of antidemocratic politics in the West*. Nueva York: Columbia University Press.
- Castoriadis, C. (1983 [1979]). *Socialismo ou barbárie: o conteúdo do socialismo*. San Pablo Paulo: Brasiliense.
- Catraca Livre (2020). “Web espalha fake news do ‘primo do porteiro’ para desacreditar coronavírus”. *Catraca Livre*, 29 de marzo. Disponible en catracalivre.com.br/cidadania/web-espalha-fake-news-do-primo-do-porteiro-para-desacreditar-coronavirus/. Consulta: 20 jul. 2020.
- Childs Jr., R. (1994 [1969]). “Objectivism and the State: an open letter to Ayn Rand”. En Kennedy Taylor, J. (ed). *Liberty against power: essays by Roy A. Childs, Jr.* San Francisco: Fox & Wilkes. pp. 145-56.
- Chomsky, N. (2020). “Noam Chomsky: Trump é um perigo para o controle de armas nucleares”. *Brasil 247*, online, 6 de septiembre. Disponible en brasil247.com/mundo/noam-chomsky-trump-e-um-perigo-para-o-controle-de-armas-nucleares. Consulta: 25 sept. 2020.
- Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Cambridge: Polity.
- Crozier, M., Huntington, S. y Watanuki, J. (1975). *The crisis of democracy: report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*. Nueva York: New York University Press.
- Dahl, R. y Lindblom, C. (1953). *Politics, economics & welfare*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Dardot, P. y Laval, C. (2009). *La nouvelle raison du monde: essai sur la société néolibérale*. Paris: La Découverte.
- Democracy Now (2019). Pompeo: la disminución de los hielos marinos del Ártico “ofrece nuevas oportunidades de comercio”. *Democracy Now*, 7 de mayo. Disponible en

- democracynow.org/es/2019/5/7/titulares/pompeo_reduction_of_arctic_sea_ice_opens_up_opportunities_for_trade. Consulta: 22 sept. 2020.
- Diário de Notícias (2020). “Coletes laranja: da pandemia que não existe ao regresso da lira”. *Diário de Notícias*, edición online, 13 de junio. Disponible en dn.pt/edicao-do-dia/13-jun-2020/coletes-laranja-da-pandemia-que-nao-existe-ao-regresso-da-lira-12306196.html. Consulta: 29 sept. 2020.
- Drolet, J. y Williams, M. (2020). “America first: paleoconservatism and the ideological struggle for the American right”. *Journal of Political Ideologies*, v. 5, n. 1, pp. 28-50. ISSN 1469-9613.
- Duarte, A. (2020). “‘E daí?’ Governo da vida e produção da morte durante a pandemia no Brasil”. *O que nos faz pensar*, v. 29, n. 46, pp. 74-109. Disponible en oquenosfazpensar.fil.puc-rio.br/index.php/oqnfpa/article/view/736. Consulta: 29 sept. 2020. ISSN 0104-6675.
- El País (2016). “La industria deslocalizada regresa de la mano de los robots”. El País, edición online, 11 de junio. Disponible en elpais.com/economia/2016/06/06/actualidad/1465233181_184904.html. Consulta: 25 sept. 2020.
- Figueira, J. y Santos, S. (orgs.) (2019). *As fake news e a nova ordem (des)informativa na era da pós-verdade*. Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra.
- Folha de S. Paulo (2020). “Pressão sobre PF e críticas a políticos e STF dominaram reunião de Bolsonaro; leia transcrição comentada”. *Folha de S. Paulo*, edición online, 24 de mayo. Disponible en folha.uol.com.br/poder/2020/05/pressao-sobre-pf-e-criticas-a-politicos-e-stf-dominaram-reuniao-entenda.shtml. Consulta: 14 jul. 2020.
- Fraser, N. (2017). “The end of progressive neoliberalism”. *Dissent*, v. 64, n. 2, pp. 130-40. ISSN 1946-0910
- Friedman, M. (2012 [1962]). *Capitalismo y libertad*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Galvani, G. (2020). “Grupos antivacina aumentam conspirações com avanço de pesquisas sobre coronavírus”. *Carta Capital*, edición online, 13 de septiembre. Disponible en cartacapital.com.br/saude/grupos-antivacina-aumentam-conspiracoes-com-avanco-de-pesquisas-sobre-coronavirus/. Consulta: 25 sept. 2020.
- González, M. (2017). “La ‘posverdad’ en el plebiscito por la paz en Colombia”. *Nueva Sociedad*, n. 269, pp. 114-26. ISSN 0251-3552.
- Gorz, A. (1988). *Métamorphoses du travail: quête du sens. Critique de la raison économique*. Paris: Galilée.
- Habermas, J. (1975 [1973]). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B. (2020). “La emergencia viral y el mundo de mañana”. En Amadeo, P. (org.), *Sopa de Wuhan*. S/L: ASPO. pp. 97-111.
- Harsin, J. (2018). “Post-truth and critical communication studies”. En Oxford Research Encyclopedia of Communication. Oxford: Oxford University Press, online. Disponible en oxfordre.com/communication/view/10.1093/acrefore/9780190228613.001.0001/acrefore-9780190228613-e-757. Consulta: 14 jun. 2020.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Harvey, D. (2020). “Política anticapitalista en tiempos de coronavirus”. *Sinpermiso*, 22 de marzo. Disponible en sinpermiso.info/textos/politica-anticapitalista-en-tiempos-de-covid-19. Consulta: 24 sept. 2020. ISSN 1886-3507.
- Hoppe, H. (1989) *A theory of socialism and capitalism*. Boston/Dordrecht/Londres Kluwer Academic Publishers.
- Hoppe, H. (1993). *The economics and ethics of private property: studies in political economy and philosophy*. Boston/Dordrecht/Londres: Kluwer Academic Publishers.
- Huntington, S. (1972 [1968]). *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós.
- Jansen, R. (2020). “Covid-19 completa 6 meses no país; especialistas listam lições da pandemia”. *UOL Notícias*, online, 26 de agosto. Disponible en noticias.uol.com.br/ultimas-noticias/agencia-estado/2020/08/26/pandemia-completa-seis-meses-no-brasil-e-deixa-licoes.htm. Consulta: 29 sept. 2020.

- Kapolkas, I. (2019). *A political theory of post-truth*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Klein, N. (2020). "A High-Tech Coronavirus Dystopia". *The Intercept*, online, 8 de mayo. theintercept.com/2020/05/08/andrew-cuomo-eric-schmidt-coronavirus-tech-shock-doctrine/. Consulta: 24 sept. 2020. ISSN 0362-4331.
- Lavinas, L. (2020). "Brasil: pandemia, guerra cultural y precariedad". Entrevista a Pablo Stefanoni *Nueva Sociedad*, n. 287, pp. 49-59. ISSN 0251-3552.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. Nueva York: Crown.
- Linz, J. (1978). *The breakdown of democratic regimes*, 4 vol. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Macpherson, C. (1982 [1977]). *La democracia liberal y su época*. Madrid: Alianza.
- Mathias, M. y Torres, R. (2020). "O coronavírus encontra um país devastado". *Outras Palavras (Outra Saúde)*, 2 de abril. Disponible en outraspalavras.net/outrasaude/o-coronavirus-encontra-um-pais-devastado/. Consulta: 20 sept. 2020.
- McIntyre, L. (2018). *Post-truth*. Cambridge: The MIT Press.
- Milbrath, L. (1965). *Political participation: how and why people get involved in politics?* Chicago: Morton Grodzins.
- Morán, J. (2019). "Chile despertó: El modelo chileno, la matriz de desigualdad y la protesta de 2019". *Crítica y Resistencias*, n. 9, pp. 54-69. ISSN 2525-0841.
- Mounk, Y. (2018). *The people vs. democracy: why our freedom is in danger and how to save it*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- Müller, E. (2020). "Miles de personas se manifiestan en Berlín en contra de las restricciones por la pandemia". *El País*, 1º de agosto. Disponible en: elpais.com/internacional/2020-08-01/miles-de-personas-se-manifiestan-en-berlin-en-contra-de-las-restricciones-por-la-pandemia.html. Consulta: 27 sept. 2020.
- Nichols, T. (2017). "How American lost faith in expertise and why that is a giant problem". *Foreign Affairs*, v. 96, n. 2, pp. 60-73. ISSN 0015-7120.
- Norris, P. e Inglehart, R. (2019). *Cultural backlash: Trump, Brexit, and authoritarian populism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Norris, P. (ed.) (1999). *Critical citizens: global support for democratic governance*. Oxford: Oxford University Press.
- Página/12 (2020). "De la 'Infectadura' al 'Terror sanitario', nueva consigna de los anti Gobierno". *Página/12*, edición online, 2 de septiembre. Disponible en paginal2.com.ar/289027-de-la-infectadura-al-terror-sanitario-nueva-consigna-de-los-. Consulta: 29 sept. 2020.
- Piketty, T. (2013). *Le capital au XXI^e siècle*. Paris: Gallimard.
- Prabhakar, R. (2020), "Universal basic income and Covid-19". *Progressive Review*, v. 27, n.1, pp. 105-13. ISSN 2573-2331.
- Pressman, S. (2020). "Trillions in coronavirus spending is putting AOC's favorite economic theory to the test". *The Conversation*, online, 11 de agosto. Disponible en theconversation.com/trillions-in-coronavirus-spending-is-putting-aocs-favorite-economic-theory-to-the-test-143378. Consulta: 2 oct. 2020. ISSN 2201-5639.
- Público (2020). "Los vecinos del sur de Madrid, contra los confinamientos de sus barrios: 'Nos estigmatizan y excluyen'". *Público*, online, 19 de septiembre. Disponible en publico.es/sociedad/confinamiento-madrid-asociaciones-vecinales-barrios-sur-unen-confinamientos-selectivos.html. Consulta: 21 sept. 2020.
- Radin, M. (2013). *Boilerplate: the fine print, vanishing rights, and the rule of law*. Princeton: Princeton University Press.
- Rius, M. (2020). "Coronavirus: ¿Quién está detrás de la marea negacionista y los antimascarillas?" *La Vanguardia*, edición online, 24 de agosto. Disponible en lavanguardia.com/vivo/lifestyle/20200824/482915473079/negacionistas-coronavirus-antimascarillas-conspiracion.html. Consulta: 29 sept. 2020.
- Rose, J. (2017). "Brexit, Trump, and post-truth politics". *Public Integrity*, v. 19, n. 6, pp. 555-8. ISSN 1099-9922.
- Roth, A. et al. (2020). "Growth in surveillance may be hard to scale back after pandemic, experts say". *The Guardian*, edición online, 14 de abril. Disponible en theguardian.com/world/2020/apr/14/growth-in-

- [surveillance-may-be-hard-to-scale-back-after-coronavirus-pandemic-experts-say](#). Consulta: 3 oct. 2020.
- Rothbard, M. (2002 [1982]). *The ethics of liberty*. Nueva York: New York University Press.
- Runciman, D. (2018). *How democracy ends*. Nueva York: Basic Books.
- Saez, E. y Zucman, G. (2019). *The triumph of injustice: how the rich dodge taxes and how to make them pay*. Nueva York: W. W. Norton.
- Safatle, V. (2020). “Bolsonaro se acha capaz de esconder os corpos”. Entrevista a Marina Amaral. *Pública*, online, 6 de abril. Disponible en publica.org/2020/04/safatle-bolsonaro-se-acha-capaz-de-esconder-os-corpos/. Consulta: 29 sept. 2020.
- Santaella, L. (2019). *A pós-verdade é verdadeira ou falsa?* Barueri: Estação das Letras e Cores.
- Sartori, G. (1987). *Teoría de la democracia*, 2 vol. Madrid: Alianza.
- Sawyer, M. (2018). Post-truth, social media, and the ‘real’ as phantasm. En Stenmark, M., Fuller, S. y Zackariasson, U. (eds.), *Relativism and post-truth in contemporary society*. Cham: Palgrave Macmillan. pp. 55-69.
- Schumpeter, J. (1983 [1942]). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona: Orbis.
- Shiva, V. (2020). “Vandana denuncia Gates e filantropo-imperialismo”. *Outras Palavras*, online, 29 de septiembre. Disponible en outraspalavras.net/mercadoysdemocracia/vandana-denuncia-gates-e-o-filantropo-imperialismo/. Consulta: 5 oct. 2020.
- Streck, W. (2017 [2013]). *Buying time: the delayed crisis of democratic capitalism*. London: Verso.
- Sunstein, C. (1993). *Democracy and the problem of free speech*. Nueva York: The Free Press.
- Sunstein, C. (2014). *Why nudge? The politics of libertarian paternalism*. New Haven: Yale University Press.
- Todaro, M. y Smith, S. (2011). *Economic development*. 11ª ed., revisada. Boston: Addison-Wesley.
- Toffler, A. (1984 [1980]). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janés.
- UOL (2020a). “Doença X: grupo da OMS já previa surto similar ao coronavírus desde 2018”. *UOL Notícias*, 22 de marzo. Disponible en noticias.uol.com.br/colunas/jamil-chade/2020/03/22/_oms-alertou-pandemia-mundial.htm. Consulta: 20 sept. 2020.
- UOL (2020b). “Itália pode gastar 3 bi de euros para reestatizar Alitalia”. *UOL Notícias*, 20 de mayo. Disponible en noticias.uol.com.br/ultimas-noticias/ansa/2020/05/20/italia-pode-gastar-3-bi-de-euros-para-reestatizar-alitalia.htm. Consulta: 12 jul. 2020.
- Varoufakis, Y. (2012 [2011]). *O minotauro global: Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*. Madrid: Capitán Swing.
- Wakefield, J. (2020). “Cómo Bill Gates se convirtió en el centro de tantas teorías de la conspiración en medio de la pandemia”. *BBC Mundo*, edición online, 7 de junio. Disponible en bbc.com/mundo/noticias-52952518. Consulta: 19 sept. 2020.
- Wallace, R. (2016). *Big farms make big flu: dispatches on influenza, agribusiness, and the nature of science*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Žižek, S. (2020), “Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de ‘Kill Bill’ y podría conducir a la reinención del comunismo”. En Amadeo, P. (org). *Sopa de Wuhan*. S/1: ASPO. pp. 21-28.
- Zolo, D. (1994 [1987]). *Democracia y complejidad: un enfoque realista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Zuboff, S. (2018). *The age of surveillance capitalism: the fight for a human future at the new frontier of power*. Nueva York: Public Affairs.